

**LA VARIANTE COLOMBIANA DEL POPULISMO
O LA ALIANZA NACIONAL POPULAR (ANAPO) COMO SÍNTESIS**

César Augusto AYALA DIAGO
Universidad Nacional de Colombia

El acta fundacional de la Alianza Nacional Popular (Anapo) data del 23 de abril de 1961. Se trataba en sus comienzos de una alianza de militares y civiles de mayoría conservadora que combinaría métodos cívicos y militares para llegar al poder. Considerando que la necesidad y el hambre no tenían color político, el general Gustavo Rojas Pinilla instó a organizar un movimiento de recuperación moral y material sin distinciones partidistas que evitara *una revolución anárquica y atea*. Propuso que su movimiento se llamara *Alianza Popular Nacionalista Católica* para que sirviera de unión de todos los colombianos, quienes -según él- encontrarían solución a sus problemas en la adhesión a la doctrina enseñada por Cristo. La Alianza tendría que ser de liberales y conservadores, de tal manera que el Movimiento pudiera lanzar candidaturas de uno y otro partido a los cuerpos colegiados y a la presidencia según las normas constitucionales vigentes.

La Anapo -como terminó llamándose el nuevo movimiento- parecía surgir de las ruinas de los fracasos políticos del General, de sus múltiples experiencias, de su peculiar escuela política. En su desempeño como gobernante mantuvo identidad con corrientes disidentes e incongruentes de los partidos, con los socialismos no marxistas, con el pensamiento cristiano laico y con amplios sectores de la opinión nacional que no tenían representación en los discursos oficiales de los partidos. Se trataba de resistencias al modelo liberal de desarrollo, a cierto conservatismo modernizante y al comunismo internacional. Las tentativas suprapartidistas del régimen militar condensan en gran parte las tendencias que venían por el siglo buscando espacio político y que antes de anidarse en la Alianza Nacional Popular (Anapo) de la primera mitad de los sesenta, se aposentaron en el gobierno presidido por el General Rojas Pinilla. Heredaría el anapismo la capacidad de ser el punto de confluencia de los diversos matices políticos que había sido el gobierno militar.

La Anapo no constituía un movimiento de gente nueva. Se trataba de personalidades con una figuración política reconocida y por ende con gran experiencia. Estaban cerradas para ellos, las puertas del bipartidismo en el poder. Tanto los conservadores como los liberales reunidos en el anapismo estaban comprometidos con la dictadura y eso constituía un pecado político imperdonable en la Colombia de comienzos de los años sesenta. Llamaban a una cruzada de renovación nacional a favor de las bases populares de ambos partidos tradicionales. Ahí estaba lo nuevo respecto a los movimientos que le precedieron. En contravía a la realidad, resistían al modelo liberal de desarrollo que irreversiblemente se afirmaba en el país.

Retirado Rojas del poder, el país pasó a ser gobernado por una Junta Militar de cinco Generales designados por él mismo bajo la promesa de continuar con la obra del gobierno de las Fuerzas Armadas. Sin embargo, los Quíntuples representaron otro papel: propiciar las condiciones favorables que se necesitaban para la institución del proyecto político del Frente Nacional nacido en las postrimerías del gobierno de Rojas. En otras palabras, darle vía libre al orden de democracia y libertad por el que presionaban los portavoces de los grandes capitales. En ese sentido, la oposición a la institucionalización de ese orden, enfatizando en la resistencia procedente de sectores conservadores que vieron en el establecimiento de "La Segunda República" el advenimiento del liberalismo económico. Surge así el fenómeno de "La Reconquista": de ese espíritu, de la gente congregada allí, de sus prácticas y de su discurso provino otra de las fuentes del surgimiento del anapismo de la primera mitad de los sesenta. *El Movimiento de Unión y Reconquista* que canalizó la resistencia al nuevo orden, al tiempo previno a los colombianos de la esencia antidemocrática de la entronización del Frente Nacional. Empero, su líder Gilberto Alzate Avendaño murió el 26 de noviembre de 1960. Dejaba en el ambiente político una formidable herencia: su espíritu, su vida, su legado, sus seguidores de arriba y de abajo. En la incertidumbre que provocó la súbita desaparición de Alzate, cuando aún no habían salido de su asombro sus seguidores, reapareció en la profundidad del vacío político que dejara el caudillo, la figura de Gustavo Rojas Pinilla.

Otra de las fuentes del anapismo provino del gaitanismo. Son evidentes las identificaciones de los viejos gaitanistas con el

gobierno de Rojas. Y lo más interesante: el contacto del General con los gaitanistas no fue en vano. Sus intervenciones en el Juicio a que fuera sometido por el Senado, en 1959, marcan el inicio de una nueva etapa en su vida política. Fogueado por las vicisitudes de su propia experiencia, el Rojas que fundara la Alianza Nacional Popular en 1961 - aunque conservaba los elementos claves de la estructura de su discurso de los años 50 - era otro Rojas. Con él se abría espacio la corriente, la vertiente colombiana del populismo que en parte se había expresado en el gaitanismo. Pero no hablamos del populismo de Rojas como suele hablarse del de Gaitán. Si al populismo gaitanista llegaban liberales, en el que convocaba Rojas confluían además teóricos conservadores, socialistas no marxistas, cristianos y gentes sin partido que vieron en lo heterogéneo del nuevo discurso del General la posibilidad de verter los idearios que día a día durante el siglo venían entretejiendo.

En agosto de 1961 los anapistas editaron su primer órgano de difusión: **Alianza Popular**. Allí publicaron su primera plataforma ideológica. Se advierte una confluencia de los idearios de Gilberto Alzate Avendaño y de Jorge Eliécer Gaitán. Idearios mediatizados en la mayoría de los casos por dirigentes forjados junto a uno de los dos caudillos. El documento revela a los anapistas como grandes previsores sociales. Considera que las viejas clases dirigentes han fracasado en la dirección de los destinos nacionales y en su lugar propone la unión del pueblo conservador y liberal. Advierte, que sólo con un *Estado fuerte* se podría lograr una gran transformación socio-económica. El anapismo se proyecta como un movimiento que se proponía representar los intereses de las pequeñas economías, de los empleados mal remunerados y del pueblo pobre que desde la década de los sesenta empezaba a sentir los embates del proceso de monopolización y centralización de la economía.

Una vez fundada, de inmediato la Anapo se lanzó a la conquista del favor popular. Los pregoneros de la nueva Alianza contaron con sacerdotes para la movilización de los pobladores. En las elecciones para Corporaciones Públicas del 18 de marzo de 1962, la ANAPO participó por primera vez en un debate electoral. La oposición al establecimiento se vio representada en el 23.2% de la votación por la ANAPO y por el MRL. Estos dos movimientos iniciarán su recorrido por la vida electoral y política del país en sentido contrario. La votación obtenidas en las elecciones

legislativas le dieron confianza a la Anapo para promover a Rojas como candidato presidencial.

El avance del anapismo era simultáneo al declive de las expectativas que había generado el Frente Nacional. La fuerza teórica de sus primeros ideólogos, su capacidad de poner por escrito y en amplia circulación sus ideas, lo mismo que su experiencia en el ejercicio de la política colombiana puso al movimiento desde sus inicios en el escenario nacional. Justamente ese pensamiento conservador de estirpe a veces fascista pero maleable, el que se mezclaba y confundía en el fragor de la lucha cotidiana por las reivindicaciones sociales y por su sensibilidad popular con otros ubicados por lo regular bastante a su izquierda iba desplazando los discursos intransigentes, ortodoxos y sin esperanza de evolución.

El reconocimiento nacional de la Anapo expresado en sus avances electorales produjo una tormenta en los partidos tradicionales. Con la ANAPO que llega a 1964 se puede empezar a hablar ya en Colombia no solo de un definido movimiento populista que se expresaba en la Anapo, sino de un ambiente populista en el escenario de la política nacional. Es decir, la ANAPO no estaba sola en sus demandas. No era el único movimiento provisto de sensibilidad social. Compartía el deseo de conquistar el favor popular con: el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL), el Partido Comunista (PCC), el naciente belisarismo, el Partido Social Demócrata Cristiano (PSDC), el Movimiento Nacional Popular Gaitanista (MNPG), el Frente Unido de Acción Revolucionaria (FUAR); en su primera etapa. El estudio comparativo de las plataformas de cada uno de estos movimientos permite establecer los puntos de confluencias, las similitudes y diferencias entre unos y otros. Por ejemplo, el tratamiento que hace la plataforma del MRL de lo popular y de lo nacional, pero ante todo su aguda crítica al proceso de monopolización de la riqueza, así como sus propuestas, le confieren al movimiento un carácter popular en desmedro de las pretensiones de su par, el anapismo. Mientras existiese en el escenario político una disidencia dentro del liberalismo capaz de recuperar el capital axiológico de ese partido, le resultaría difícil al anapismo consolidar su ala liberal. Pero lo importante es explicarse por qué si las obsesiones de los anapistas eran profundizadas por otras agrupaciones que como ella tenían un carácter conciliador, fue precisamente ella y no otro el movimiento que logra sintonizarse

con la psicología colectiva de los colombianos.

La aparición de la revista **La Nueva Prensa (LNP)** y la manera como agrupó, en torno suyo, un importante sector de la opinión intelectual fue al principio otro obstáculo que tuvo el anapismo en su consolidación como movimiento populista de masas. LNP pudo convertirse en el órgano de expresión y conjunción de gran parte de los matices nacionalistas presentes en el país. El apreciable el esfuerzo de LNP en la renovación y adaptación a las condiciones de la década del sesenta, de las tesis nacionalistas de Antonio García, sus intentos de conformar en Colombia una tercera fuerza independiente de los partidos tradicionales y del comunismo, fenómenos que demuestran las maneras como la variante del populismo colombiano se abría espacio. Allí comienzan a coincidir los planteamientos de las corrientes nacionalistas liberales con las de los ideólogos, conservadores ante todo, de la Alianza Nacional Popular. El nacionalismo al que aspiraba la ANAPO es promovido por LNP que en un primer momento consigue plasmar sus idearios en el Movimiento Democrático Nacional MDN, que refleja la influencia de las teorías y prácticas del populismo afro-asiático en Colombia.

Sin embargo, cada paso del anapismo tenía la virtud de reagrupar a la clase política dominante. No obstante las veces de símbolo que representaba el general Gustavo Rojas Pinilla para el anapismo, es de vital importancia la gente que giraba a su alrededor. Para comprender a Rojas nada mejor que verlo a través de hombres, mujeres y jóvenes entonces, que quizás sin conocerlo en profundidad, pero conmovidos por sus significaciones, adhirieron a su nombre. A través de él y gracias a él pudieron poner en escena su pensamiento. Sin Rojas y sin la ANAPO no hubieran sido posible, se los hubiese tragado la exclusión. Bien por la naturaleza del bipartidismo, o bien por la de Rojas, colombianos de distintas procedencias pudieron promover sus idearios que sin dificultad se confundieron con los de quienes ya estaban allí. La despersonalización de documentos procedentes de múltiples vertientes y que se diluían en los programas del anapismo produjeron el mágico efecto de la representación compartida. Es decir, todo el mundo podía sentirse representado. Ahí estuvo la fuerza de esta variante del populismo colombiano que se denominó, el anapismo.

Conforme pasaba el tiempo, fueron llegando a la Anapo primero los

conservadores doctrinarios, con más tardanza los liberales, unos y otros diseminados por las corrientes disidentes de los partidos tradicionales, adversas al Frente Nacional. También llegaban personajes de otras procedencias marginadas de la legitimidad de los partidos. Pero prevalecían los militares conservadores llamados tempranamente a calificar servicios, los conservadores venidos del laureanismo ultramontano, del acéfalo y doctrinario alzatismo y del desvertebrado leyvismo¹. Es decir, la gente de la Anapo provenía del sector del conservatismo colombiano que se había inspirado en las doctrinas nacionalistas de la derecha europea, particularmente del pensamiento de los líderes del nacionalismo ibérico.

Se perfila el anapismo como la variante acabada que caracterizaría al populismo colombiano pero no desde el liberalismo como comunmente se cree, sino como una reunión de corrientes pragmáticamente conservadoras de ambos partidos tradicionales, un populismo con marcado acento religioso. Populismo que no emerge de una propuesta ideológica de alternativa consciente, ni siquiera como mecanismo de manipulación del otro. Es más bien al contrario: los idearios populistas que venían navegando a lo largo del siglo por vertientes amplias y difusas de las disidencias del inquebrantable bipartidismo colombiano, se canalizan en las formas y contenidos políticos que identificarán al movimiento anapista en el siguiente período de su historia².

Después de las elecciones de 1966 el anapismo se convirtió en la mayor fuerza de oposición con características de un movimiento de masas. Cuando optó por el candidato liberal José Jaramillo Giraldo puso de presente que era en serio su decisión de configurar un *frente nacional popular*. La adhesión más importante que recibió Jaramillo fue la del *Movimiento Democrático Nacional MDN*. Con

¹ A finales de octubre de 1961 el General Rojas designó el Comando Nacional de la ANAPO integrado por 79 miembros de los cuales el 30.4% eran militares. La mayoría de los integrantes del organismo directivo estaban relacionados de alguna manera con las actividades políticas de Rojas. De La Reconquista venían José María Nieto Rojas, Carlos Monroy Reyes, Carlos del Castillo Isaza, Constantino Camargo, Hernando Olano Cruz, Elías Salazar García, Carlos Arturo Torres Poveda. Del gaitanismo procedían Milton Puentes y Parmenio Zapata.

² Puede consultarse más ampliamente: Ayala D. César Augusto. El Discurso Parlamentario de la Representación Anapista en las Corporaciones Públicas durante la legislatura 1964-1966. En: Revista Politeia de la Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Colombia. No.15, 1994 p. 56-84 y en el libro: "Nacionalismo y Populismo. ANAPO y el discurso político de la oposición en Colombia: 1960-1966". Línea de Investigación en Historia Política. Universidad Nacional, 1995. 264p.

Zalamea y su gente, el anapismo matizó su veneración por el pasado y se aprestó a configurarse como una propuesta hacia el futuro. No se trataba en este peldaño de su historia, de tomar el poder para volver al pasado, sino en utilizar las experiencias del pasado para la construcción de un porvenir. Como en los tiempos de Gaitán apelaron al pueblo para legitimar sus aspiraciones: "...no habrá ni soberanía política ni desarrollo económico mientras el poder real no pase a manos del pueblo...Porque sabemos que es el movimiento vivo de las masas el que engendra las nuevas formas revolucionarias de lucha por el poder porque queremos implantar la democracia auténtica porque utilizamos como instrumento de lucha la ideología nacionalista, porque tenemos una profunda convicción de triunfo en nuestras ideas, declaramos hoy que la Revolución Nacionalista Cristiana y Popular que preconizamos tendrá en el pueblo su cabeza y su dirección"³. Este nacionalismo, era, a su vez, uno de los ingredientes de un fenómeno mayor: el de la variante colombiana del populismo. Si el nacionalismo cubría con un gran edredón a los movimientos de la oposición, el populismo encubría su verdadera esencia. Si el primero consistía en un punto de partida, el segundo era un punto de llegada. Fenómeno tardío, también, quizás por la singularidad del sistema político colombiano: el peso de los partidos tradicionales en la vida política del país. Las confrontaciones entre los colombianos a manera de guerras civiles en el siglo pasado o de "la violencia" en la primera parte del XX, polarizaron al país entre una u otra colectividad. La intensidad de la lucha entre los dos partidos por el poder o internamente entre sus corrientes, por su vocería oficial, impedía a los colombianos mirar más allá del bipartidismo. En ambos partidos se debatieron internamente tendencias de izquierda, de derecha y de centro. En épocas de crisis, ambas comunidades tuvieron reservas capaces de correr sus mojonos ideológicos bien a la izquierda o bien hacia la derecha popular, que inclusive convertidos en verdaderas disidencias, al poco tiempo de probar suerte por fuera de sus toldas originales regresaron a ellas.

De lo anterior eran conscientes los líderes políticos de los movimientos de oposición de la década del sesenta. Pero se arriesgaron. Creyendo que el país estaba maduro, ahora sí, para desmontar el sistema bipartidista, decidieron intervenir

³ Véase *La Nueva Prensa*, julio 16 de 1966 p. 14

"definitivamente" desde afuera. El populismo colombiano volvía a su "madrevieja". Así, interpretando el favorecimiento popular de 1966 como un avance de la conciencia social colombiana, los anapistas sostuvieron que ésta no se refería a ninguno de los dos partidos tradicionales, sino, que asumiendo la vocería de toda la nación, desbordaba la derecha y la izquierda. No obstante que la Anapo tenía en las masas conservadoras su mayor respaldo electoral, los ideólogos tomaron partida por los paradigmas políticos del liberalismo. Ahora, el gaitanismo no flotaba en las reuniones de la colectividad como antes, ni estaba soterrado entre las líneas de sus programas, ni aparecía como expresión de una parte de su militancia, ni de sus cuatro Representantes a la Cámara, sino que se adopta, a partir de entonces, como estandarte de todo el movimiento: "Hace veinte años, Jorge Eliécer Gaitán, ese grande hombre en quien, por encima de cualquier ascendiente ideológico, nos reconocemos hoy todos aquellos que buscamos una Nueva Colombia..."⁴. Se hizo común que el nombre de Gaitán fuera evocado por un anapista liberal o un anapista conservador. El médico Alvaro Ramos Murillo, por ejemplo, de procedencia conservadora, reafirmaba sus posiciones en el Congreso diciendo que "el pueblo aprendió de Gaitán a pensar"⁵.

La irreversible unión del partido liberal, que contaría con el regreso seguro de los altos dirigentes del MRL, no aseguraba el retorno de la masa emerrelista a la tola oficial liberal. Muchos líderes populares que habían acompañado a López en casi una década de oposición podrían ser cooptados por el ala liberal de la Anapo. De hecho, miles de liberales votaron por el candidato liberal de la Anapo en las pasadas elecciones presidenciales. La promoción que hizo la Anapo de un nombre liberal para las elecciones de 1966 y comprometer su electorado conservador con la candidatura tuvo un enorme significado en la población liberal desafecta con el Frente Nacional y en proceso de desilusión con el desvencijado emerrelismo. En términos de cultura política esto había constituido un avance de grandes proporciones. Por abajo, la Anapo, a lo mejor sin proponérselo, estaba contribuyendo al espíritu del Frente Nacional: laicizar la política. Pero hubo más

⁴ Véase Manifiesto al País del Gran Consejo de Alianza Nacional Popular. Ha Terminado la era de las derrotas del pueblo. El pueblo, cabeza y dirección de Alianza. En: **La Nueva Prensa** Nº 144, junio 16 de 1966 p. 13.

⁵ **Anales del Congreso**, agosto 4 de 1966 p. 850

significaciones. Jaramillo Giraldo puso en escena en la plaza pública los idearios que hasta entonces estaban dispersos en la circulación de las ideas políticas nacionales: gaitanismo, socialismos, cristianismos, conservatismos populares. La plaza pública permitía esa amalgama no solo por la voz del candidato, sino también por la de los otros que alternaban el uso de la palabra. Los idearios se condensan y las masas liberales y conservadoras se los apropian lo mismo que de Gaitán, que de Alzate, que del pensamiento cristiano. El candidato llamaba a todo esto nacionalismo popular contrapuesto a una elite política entregada al imperialismo.

A la altura de 1967 los seguidores de Rojas se autodenominaban anapistas a secas, quedándose atrás la denominación de rojistas o rojaspinillistas. El Frente Nacional había propiciado condiciones para ello. Los obligó a defenderse y a solidarizarse entre ellos cuando sus ideólogos quisieron extenderles la misma condena que habían reservado para Rojas. Un discurso de discriminación política y el trato de hampones hizo que en lo sucesivo hablaran menos de Rojas y más de ellos mismos. A diferencia de los años anteriores, los cuadros dirigentes de la Anapo recurrieron con intensidad a la nominación del Movimiento. Comenzaba así la configuración de la comunidad política de los anapistas. El Movimiento empezaba a forjarse su propia identidad. Sus ideólogos eran también antiimperialistas. Expresaban el mismo temor hacia Estados Unidos que expresaban los militantes de la izquierda radical. No se cansaban de prevenir contra el peligro imperialista. Mario Montoya, un abogado antioqueño, se apareció un día a las deliberaciones del parlamento con un número del periódico **Avenicas XIX**, un órgano de divulgación del Instituto Colombo Americano y denunció los contenidos de uno de sus artículos donde se daba a entender que todo el progreso material de Colombia de los últimos años se debía a la ayuda de la Alianza para el Progreso. Montoya replicaba: ¿En dónde está el esfuerzo creador de los colombianos para estos señores del colombo-americano? Para ellos solamente existe como posibilidad de desarrollo nacional lo que ellos, los señores del imperio norteamericano, buenamente quieran hacer aquí. Ni caminos dizque habría si no existiera la Alianza para el progreso"⁶. Abismaba a Montoya la influencia de Estados Unidos en el mundo. Ya no se

⁶ Véase *Anales del Congreso*, febrero 7 de 1967 p. 195

trataba de un aviso del peligro norteamericano que hacían los antiimperialistas de principios de siglo en el continente sino de un reconocimiento directo y aterrador del fenómeno: "Estados Unidos, hoy con su poderío político, con su poderío armado, con su poderío de propaganda e influencia, con su poderío industrial y comercial, abarca, domina y define la vida de estos países... Estamos en la órbita del mayor imperio del mundo, en la órbita de influencias económicas y en la órbita de influencias políticas en la más desmesurada organización de poder que quizá haya visto la historia universal de los Estados Unidos⁷. Por eso Montoya consideraba que el papel del Estado colombiano en su totalidad era reconquistar la independencia nacional, la soberanía del país y para esto era imprescindible que los países débiles se unieran para poderse defender de Estados Unidos. Sus posiciones antiimperialista y democrática eran curiosas e interesantes y revelaban el estado mental e ideológico por el que estaban pasando muchos conservadores que a lo mejor se aterraban de haber crecido en las filas de una organización que había dilapidado sus nuevas generaciones en aras de una terquedad pertinaz contra la democracia y el progreso. Veía con nostalgia desaparecer lo poco que se había construido en Colombia de democracia representativa, cuya expresión era el parlamento. Proceso que hacía parte de uno mayor, el de la entrega del país a los Estados Unidos. En el Montoya conservador que venía de la provincia antioqueña, los liberales tuvieron un defensor de sus doctrinas originarias, aquellas que tan sólo eran capaces de defender los emerrelistas populares. El de Montoya era un juego intelectual interesante que a lo mejor había aprendido de su maestro Gilberto Alzate Avendaño: "Las ideas liberales y las ideas democráticas son parte de nuestra historia, aunque constituyan en su base ideológica, un acervo importado y traído de contrabando en naves piratas. Pero a pesar de eso a lo largo de los años, en el espesor de los días, de los trabajos, de las dificultades, de las luchas y de la sangre, de las desilusiones eso ha llegado a ser parte del espíritu y del patrimonio del país, y yo siento como una inmensa mutilación histórica, al ver como los señores que se llaman demócratas del partido liberal y del partido conservador, intentan esa mutilación⁸.

⁷ *Anales del Congreso*, junio 5 de 1968 p. 534-535.

⁸ Véase *Anales del Congreso*, marzo 28 de 1967 p. 534

EL POPULISMO COLOMBIANO DE MONOLÓGICO A POLIFÓNICO

Finalmente el populismo disperso en Colombia desde los tiempos del gaitanismo parecía tener en la Alianza Nacional Popular una canalización de naturaleza electoral. Venía así sucediendo desde las elecciones de 1964 y su punto máximo lo constituirá el debate electoral de finales de la década. Por ahora diversas corrientes de pensamiento podrán expresarse de manera independiente, sin las ataduras a los partidos tradicionales. Eso distinguía la coyuntura de Rojas de la del gaitanismo. Se trataba de una gran alianza más espontánea que suscrita. Había sido propiciada más por las circunstancias que por un trabajo político de concientización entre los movimientos de la oposición. El general Rojas había permitido la circulación de variados discursos de raigambre populista en el interior del anapismo que por ahora se podrían expresar electoralmente y que un poco después se galvanizarán en una ideología más concreta. Era como si de un populismo político-ideológico se transitará hacia uno más ideológico que político.

El anapismo, sin embargo no era la única expresión del populismo que arribaba al cruce de las décadas del sesenta y setenta. El discurso de Belisario Betancur estaba saturado del populismo tercermundista en boga por entonces; en los liberales del grupo de La Ceja que se expresaba en la revista **Encuentro Liberal** también había populismo. Pero estas dos variables populistas estaban aún atadas a sus partidos tradicionales de origen. Constituían más bien cámaras de oxígeno para auxiliar y robustecer a sus partidos cuando se acercara el momento de volver al libre juego del poder. La Anapo, en cambio, aunque integrada por liberales y conservadores evolucionaba hacia un partido independiente integrado además por cristianos, gente sin participación política anterior, socialistas, gentes venidas de las profundidades de la historia de Colombia, pero también de las superficies de los nuevos tiempos. Entre la militancia se encontraban liberales y conservadores hastiados de las componendas de sus partidos. Para 1970 ya estaban en la Anapo numerosos emerrelistas que no acompañaron al *compañero jefe* en su reingreso al liberalismo oficial.

Cercano a la Anapo estaba el discurso de Belisario Betancur. No era un político tradicional como podría pensarse. Vinculado estrechamente a la intelectualidad del momento, Belisario, como

popularmente se le conocía, apoyaba investigaciones sobre el problema de la marginalidad en el continente, hacía de editor y producía escritos concentrados ya en una serie de libros que daban cuenta no sólo de su sensibilidad social sino de su conocimiento de los problemas de la marginalidad social. De haberse producido una alianza entre los betancuristas y los anapistas en las elecciones de 1970 es muy posible que la victoria de Rojas hubiera sido invencible y que el fraude no hubiese alcanzado para la victoria del candidato oficial del Frente Nacional. Con todo, de la experiencia electoral de 1970 saldrá con firmeza la voluntad de aprovechar los altos resultados de la votación por Rojas para que el populismo que emerge a lo largo de la década de 1960 y que se expresa en las elecciones del 19 de abril se convierta en un populismo dirigido, con ideología propia dando paso finalmente a la variante colombiana del populismo. Pero aquí daremos cuenta de lo que se configura hasta 1970.

Había ya conciencia de populismo. Mario Arango Jaramillo, ideólogo del tercermundismo anapista, había sido uno de los primeros colombianos en estudiar en la Universidad de los Pueblos Patricio Lumumba de Moscú cuando esta apenas daba sus primeros pasos. Fue contemporáneo del ambiente entusiasta y festivo con que se vivía en Rusia el proceso de descolonización africana y asiática. Compartió la alegría de sus compañeros africanos, cubanos y egipcios por las transformaciones de sus países. Del ambiente moscovita de entonces se trasladó a París donde no era distinto el ambiente universitario e intelectual. De regreso a Colombia encontró en la Anapo un terreno abonado por los nacionalistas de **La Nueva Prensa** y un jefe político que le permitirá el espacio y la posición que no encontraría ni en los partidos tradicionales ni las corrientes comunistas criollas⁹. El lector se encontrará en el segundo capítulo con los aportes de este interesante personaje a la ideología de la Anapo. Un Mario Arango interviniendo en la política colombiana mucho antes que se le conozca como uno de los primeros analistas del narcotráfico durante los años ochenta.

Y como siempre, el populismo no viene solo. Sus componentes dependen de las circunstancias de cada uno de los países de donde emerja. Entre nosotros el nacionalismo ocupará un lugar especial. Los intelectuales que se expresaban en la Anapo habían intentado

⁹ Entrevista del autor con Mario Arango

el riesgo de generar y regenerar mitos de origen e integración. Hasta Zalamea el problema del hispanismo había sido replanteado, colocado y readecuado a los nuevos tiempos¹⁰. El inquieto dirigente a la vez que reivindicó el hispanismo como integrante vital de nuestra identidad, estimuló la fabricación de nuevos héroes e interpretaciones de la mano de Indalecio Liévano Aguirre quien publicó su primera versión de *los grandes conflictos...* en las páginas de **Semana** primero y de **La Nueva Prensa** después. Pero el hispanismo de Zalamea se nutría de las corrientes nacionalistas de América Latina: peronismo, varguismo, cardenismo, versiones de influencia en la enunciación política pero no en las políticas de los gobiernos, pero que en Argentina, Brasil o México habían sido también componentes esenciales de esos populismos triunfantes. Si Zalamea tuvo éxito en su propuesta ideológica fue porque en el anapismo anidaba el espectro del nacionalismo hispanista conservador de fuerte influencia en Colombia, y si Arango también lo tuvo fue por el trabajo ya adelantado por Zalamea en el interior del anapismo. Ambos partían de ideologías inherentes, o mejor: ambos contaron con ideologías inherentes en parte considerable del pueblo colombiano.

El Populismo es además un fenómeno integracionista; muy ligado al proceso de conformación de la nación, muy propio, como lo han dicho sus primeros teorizadores al tránsito de una sociedad a su etapa industrial. Cumple una función esencial en el proceso de canalización de torrentes de masas a la actividad política, primero y a la sociedad después. Gracias a él los desplazados que llegan a las ciudades tienen un referente, un punto de apoyo. En él se expresan intelectuales incongruentes con el establecimiento, líderes populares sin posibilidades de ser escuchados y de ascender en la política por la estrechez de canales que lo permitan en el sistema político imperante. Es un bombero social muy necesario para que los cambios inaplazables en una época histórica determinada no se produzcan con los excesos de violencia que les son característicos. Siendo así, su itinerario debería ser más expedito, menos dramático. Justamente por el hecho de aplazarse indefinidamente esos cambios en Colombia, por tener su clase dominante una noción estrecha de la política y de la democracia, el populismo fue convirtiéndose en un movimiento que

¹⁰ Sobre el viejo hispanismo conservador puede verse Urrego Miguel Ángel. *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia. De la guerra de los Mil Días a la constitución de 1991*. Bogotá, Universidad Central, DIUC, Siglo del Hombre, Editores, 2002

radicalizaba sus posturas en la medida en que los gobiernos que tenían algunas de sus propiedades: el de la *Revolución en marcha*, el de las Fuerzas Armadas y el del mismo Lleras Restrepo resultarán absorbidos por el statu quo que los identificaba por igual¹¹.

Por eso el populismo necesariamente será eco de ecos. El gaitanismo estará presente en el discurso todo de la época que historiamos, se reclamaran herederos de Gaitán liberales y conservadores, los más como estrategia electoral, simplemente; pero los habrá genuinamente convencidos al punto de intentar desarrollar sus tesis hasta convertirlas en praxis política. La Anapo será el vehículo escogido, por excelencia, para jalonar y realizar este ideal. Es que en el gaitanismo había quedado planteado un proyecto de construcción de nación, de integración social y económica que los nuevos anapistas de corte gaitanista no advierten que se haya resuelto. Sino que por el contrario la violencia junto al fenómeno de urbanización radicalizaron la percepción de un proyecto de nación trunco. La gente que venía huyendo del campo en el proceso de urbanización acelerada que vivía el país a mediados del siglo XX no arribaba solamente a las ciudades grandes e intermedias sino también a los pequeños poblados que se convirtieron también en ciudades propicias para la asimilación del discurso populista. Por eso vemos surgir movimientos locales en viejos municipios de liberalismo radical junto a periódicos que claman por la región irredimida: **El Trópico**, de San Vicente de Chucurí o **El Momento** de San Gil, son ejemplos de ello.

De Gaitán salían las voces de los colonos sin los títulos de propiedad de tierras que no solo habían trabajado ellos por años, sino también sus antepasados; salían las voces de los marginados de las ciudades de entonces, de amplios sectores urbanos no incluidos en la sociedad de los privilegios. Era una voz que hacía las veces de muchas. Pero enunciado por tal tribuno, el discurso era todavía monológico, era el del gaitanismo ensimismado en toda la humanidad física de Jorge Eliécer Gaitán para quien no habían segundos ni terceros: *Yo no soy un hombre, soy un pueblo*.

Cuando decimos gaitanismo de alguna manera nos referimos a un grupo de gente, tenemos en mente un movimiento que por razones de

¹¹ Véase al respecto Pecaut Daniel. El auge del populismo. En: Orden y violencia: Colombia 1930-1954 Vol II Capítulo IV

la cultura política colombiana que bien entendió Gaitán terminó confluyendo en el liberalismo como estrategia victoriosa para acceder electoralmente al poder. Convertido Gaitán, gracias a la apelación popular-electoral en jefe del liberalismo en 1947 el gaitanismo se diluyó, se confundió en este partido de tal manera que cuando fue asesinado el caudillo el nueve de abril de 1948 las masas gaitanistas no pudieron diferenciar entre los que verdaderamente lo eran y los que acabaron negociando pírricamente el poder con el presidente Ospina. Es decir, el gaitanismo tenía en su contra el carácter unipersonal que a su actividad proselitista le había impregnado su líder. No existía tal movimiento como organización, no habían descollado públicamente otras figuras opacadas por la intensidad de Gaitán y que habían decidido que fuera su voz la que expresara su pensamiento construido en la densidad de la brega ideológica de los años del siglo veinte que habían corrido. Caramente le cobró la historia a la intelectualidad populista de entonces haber desaprovechado la coyuntura del nueve de abril.

Pero el nueve de abril, lo que allí pasó, lo que permite su análisis es indispensable para comprender la historia de la Anapo que es nuestro objetivo principal. El gaitanismo es una variable imprescindible para su comprensión. Es necio, quizá, afirmar que sin el desenlace del gaitanismo tal como se dio hubiera sido imposible la configuración del anapismo.

El día de su asesinato, Gaitán tenía marcada una entrevista con el estudiante cubano Fidel Castro a las dos de la tarde, concertaría un encuentro con el presidente venezolano Rómulo Betancur muy influyente entre los demócratas-revolucionarios colombianos y recibiría una invitación del general Perón para que visitara oficialmente la Argentina. Indicios todos del universo sobre el cual giraba la actividad de Gaitán: el populismo.

Empero las coincidencias entre el nueve de abril de 1948 y el 19 de abril de 1970 no son pocas. En ambos casos no hubo preparación para afrontar el momento. Los anapistas no se prepararon para el fraude como los gaitanistas no estuvieron preparados para afrontar el asesinato de su líder. Ambos acontecimientos eran previsibles. Quizá más el fraude que el asesinato, pero igual, la dirección de la Anapo hoy, como la del gaitanismo ayer tuvieron parte de la culpa en desaprovechar el momento histórico. Para ambos movimientos será el comienzo de su fin. Tanto en uno como en otro

los supuestos intelectuales *orgánicos* estuvieron a la deriva, las masas esperaron, el tiempo corrió y el que ahora era el presidente de los colombianos había estado en Palacio el 9 de abril pidiéndole la renuncia a Ospina Pérez y de él había aprendido que lo importante era que corriera el tiempo para que el movimiento popular se envileciera, eso era lo más importante. Y claro, Carlos Lleras Restrepo tuvo más tiempo que el entonces presidente de la República. Y como en aquella situación vino el procesamiento de lo ocurrido por intelectuales impávidos de incomprensión, de constatar que la historia de Colombia se había repartido ante sus ojos. Pero había avanzado el país: esta vez en las jornadas de abril de 1970 no hubo muertos, ni incendios, ni destrucción arquitectónica, sólo leves saqueos, solo protestas ordenadas en las ciudades principales de la geografía política del país, un documento célebre que llamó al desconocimiento de los resultados electorales y una noche de toque de queda.

Pero así como es de importante preguntarse por los intelectuales que acompañaban a Gaitán el nueve de abril, también es útil preguntarse por los intelectuales que estaban con Rojas, en otras condiciones claro está, ya no el día, sino los días de la derrota, en las jornadas de abril de 1970.

Muerto Gaitán, empezarán las voces del gaitanismo a salir, a liberarse, empezará también el procesamiento del gaitanismo para nunca más desaparecer del pensamiento político y social de los colombianos. Pero el país tendrá que esperar para una polifonía política propiamente dicha. Serán gaitanistas quienes contribuirán a ese proceso desde los tiempos del gobierno de Rojas donde participan, hasta coincidir con el movimiento de la Anapo de los años sesenta. Se producirá, entonces el fenómeno polifónico imposible de darse en los tiempos de Gaitán y del gaitanismo. No será, esta vez la voz de Rojas la única voz, serán muchas, las de muchos, las de las culturas políticas tradicionales cansadas de la estafa y las de nuevos colombianos que no esperaban ya del bipartidismo solución a los problemas nacionales. Será la polifonía de voces que podrán intervenir como sujetos propios, autónomos, por lo menos con más grados de autonomía y libertad que aquellos con los que contarían en las otras colectividades. Con Gaitán en la plaza pública o en el teatro municipal era él el centro de la atención, a su cargo estaba el show de la política. Con Rojas todos lo eran, algunos más que él, como en el caso concreto de las manifestaciones de 1970 en que la gente más que a

Rojas quería escuchar a Nacho Vives; o en el caso de las de 1966 que el candidato de Rojas a la presidencia era otro paradigma político: José Jaramillo Giraldo, expansivo y carismático de los tiempos del gaitanismo. Con Gaitán no hay curas deliberantes que lo acompañen en sus correrías y en sus manifestaciones, ni gente del otro partido, ni laicos practicantes, ni mujeres a granel. Esto se da en el fenómeno de la Anapo que cuenta con el momento preciso para la polifonía política.

Cristo y Bolívar, las insignias del gobierno militar (1953-1957) se convirtieron en las representaciones que sobre Rojas se reafirmaron durante sus años de la oposición. El jefe anapista no tenía necesidad de posar de redentor pues así había sido visto en los tiempos de la dictadura por los colombianos de abajo y las circunstancias de la persecución en los tiempos del frente nacional le legitimaron tanpreciado valor. Los ideólogos estaban a sus anchas, no le discutían a Rojas ni su histórico carisma mesiánico irrefutable desde su gobierno, ni su caudillismo más propio de quienes como tal lo veían y abonaban ese carácter con la esperanza de conseguir unidad y solidez para el movimiento. Las disensiones nunca faltaron, eran incluso reprimidas con la expulsión que no ocurría en el bipartidismo oficial pero eran de naturaleza más electoral que ideológica. Al caudillo, más que las variables de la ideología de Anapo le interesaba conservar sus votos coleccionados paulatinamente con vicisitud. Llegados los electores por la influencia de los ideólogos, el carácter mesiánico-caudillista del anapismo de los sesentas los amarrará y con ellos se quedará la ideología aunque deserten sus principales portadores.

Quienes llegasen a la Anapo sabían que se encontrarían con una colectividad saturada de religión. En el discurso anapista los creyentes también intervinieron como sujetos. El religioso era en especial el discurso autónomo del general Rojas, personalidad conciliadora por excelencia. A la par con la sinceridad del catolicismo de un sector del movimiento anapista, la religión también se había utilizado y se seguirá utilizando como estrategia de comunicación. No es casualidad que el principal programa anapista para las elecciones de 1970 se denominara justamente *El Decálogo* o *Los Diez mandamientos*. No era cualquier movimiento ni cualquier político que se comprometía con el pueblo a cumplirlos, a implantarlos con el imperativo de los mandamientos de la ley de Dios.

Caudillismo, religión, bipartidismo popular, nacionalismo, los componentes de la cultura nacional se juntan en un solo movimiento que se debate entre lo premoderno y lo moderno con grandes posibilidades de llegar al poder por la vía electoral. Será corta la experiencia de este fenómeno de todas maneras coyuntural pero será intensa, y lastimosamente será también otra frustración.

El populismo es político e ideológico a la vez. Pero en circunstancias históricas particulares puede tener más de lo uno que de lo otro. Hay países en donde primero surge en la teoría y después se lleva a la política, y viceversa; y habrá casos en que se construya la teoría paralelamente al proceso político. De cualquier manera el populismo para su realización necesita de una alianza amplia de clases y sectores sociales. En este proceso el populismo emerge más como fenómeno político, como una política de alianzas. De esto se trata cuando nos referimos a la expresión del populismo político a través de la campaña electoral de 1970 como su momento más importante. El siguiente periodo de la Anapo es justamente la sofisticación de este tipo de populismo alcanzado y su conversión en un populismo más ideológico que político.

LA RETÓRICA Y LA AUDACIA DE LA COMUNICACIÓN POLÍTICA EN EL POPULISMO COLOMBIANO

La retórica ocupa destacado lugar en el éxito de los anapistas como punto de concentración política e ideológica en la coyuntura de finales de la década de los sesentas. La procedencia conservadora de su primer liderazgo integrado por hombres expertos en el uso de un lenguaje de fuerte tradición en la política y en la formación académica colombianas impregnarían la retórica anapista de una naturaleza propia. Eran los primeros anapistas oradores elocuentes y consumados, trascendentales y patéticos. Su concepción cuasifascista del pueblo (Hernando Olano Cruz, Elias Salazar García, Rodolfo García García, entre otros) los acercó a hombres formados en el discurso desgarrador del gaitanismo (Parmenio Zapata,). Todos contemporáneos entre sí se habían formado en la misma escuela saturada de gramática y preceptiva. La metáfora descolla de intervención en intervención y será una arma en el discurso opositor de la primera a la última generación.

La oratoria de estirpe alzatista confluirá con la de estirpe gaitanista y se reunirá de la mesiánica del general Rojas, conformando el discurso de despegue ideológico que encontrará el reencauchado nacionalismo de los nuevos cooptados, el religioso de prelados y laicos viejos y nuevos. Será ese el ambiente que encontrará en 1969 la retórica marxista que irrumpe en la plaza pública en la voz agresiva y retaliadora de José Ignacio Vives Echavarría. Justamente por ser un movimiento de grandes oradores, expertos en la persuasión, la Anapo contará con grandes auditorios. El marxismo recluido en la academia y en las publicaciones ideológicas tendrá en la oratoria de Vives Echavarría la posibilidad de salir a la calle. No era el primero que lo hacía, basta recordar al sacerdote Camilo Torres en la plaza pública en el año de 1965 o a marxistas del comunismo criollo alternando con López Michelsen en los tiempos primeros del MRL. Pero el caso de Vives estaba precedido de un sonado debate parlamentario que había puesto contra la pared al Frente Nacional. Se trataba además de una promoción de la lucha de clases desde una figura que había regresado al liberalismo después de su participación en el MRL antes de su tránsito hacia la Anapo. La estrategia de la Anapo será entonces atacar al Frente Nacional con su misma gente: *Nacho*, así le decían, que había regresado y se había dado cuenta que allí no había nada, estaría llamado a jugar un papel clave en esta coyuntura.

La retórica estaba ligada al show político en el que se convertían las manifestaciones públicas. Junto a Rojas, el mesiánico, estará Vives, el asuzador. Mientras éste incendiaba las plazas públicas, el primero las apaciguaba, mientras uno llamaba a la agudización de la lucha de clases, el otro hacía arrodillar a los manifestantes en señal de sumisión, les hacía jurar fidelidad al movimiento, un acto simbólico religioso de adhesión que no aparece en las otras colectividades de la política colombiana.

Pero la experiencia en la comunicación política del anapismo estaba también en relación con los medios de comunicación. En la capital y en la provincia sus líderes eran hombres de prensa y de radio. Su cercanía con la radio y los periódicos era de vieja data. Toda esta experiencia será puesta al servicio del movimiento que sabrá llegar a los electores con persuasión y diagramación en una especie de diálogo que le permitió al mismo establecimiento la permanencia de la democracia gracias a la presencia de canales de comunicación que paliaron la marginalización, ya de por sí

dramática, de millares de colombianos. Pero no sólo era show, se radicalizaba el discurso, avanzaba hacia una completa confrontación de clases con el establecimiento. Líderes y movimientos continuarán llegando desde la radicalidad del pensamiento político y social.

La retórica política no era, sin embargo, patrimonio de los políticos reunidos en la Anapo. Como se trataba de una coyuntura donde el populismo era también estrategia electoral, otros movimientos y líderes harán de ella la principal herramienta de la comunicación política. A Belisario Betancur se le distinguirá por el manejo de una retórica populista de corte tercermundista pero de centro, alejada del ideario marxista y del universo de la democracia liberal occidental. Si se nos permite la comparación, Betancur era más un populista del viejo estilo caudillista-gaitanista, es decir eran voces que se expresaban por su garganta pero que perdían su autonomía al extraviarse en la personalidad propia del candidato. Aquí como en el gaitanismo no habían segundos, ni terceros, el slogan de su campaña lo resume todo: *Belisario es necesario*.

El crecimiento de las ciudades grandes, medias y pequeñas y la concentración en ellas de la población, es decir la conversión de Colombia en un país urbano cambiaron la manera de hacer la política en el país en el sentido de que toda la atención o la mayor parte de ella se dirigió al habitante del mundo urbano. Allí estaba el voto, allí estaba el campesino desplazado bien por la violencia bien en busca de mejores oportunidades. Aunque los candidatos orientaron sus discursos para persuadir a toda la población el acumulado histórico de cada uno de ellos era el que llegaba a los sectores sociales. Rojas se dirigía, por ejemplo, como sus pares a la clase media, pero esta tendrá sus oídos prestos a otro discurso. Pero igual, entre la clase media fragmentada también recogerá frutos. Será el pueblo raso de las ciudades, el que sobrevive en ellas, el receptor del discurso del general. Su discurso y el de sus aliados se dirigirá a todos los excluidos y terminará siendo la de 1970 una contienda de establecidos contra excluidos.

El anapismo era un movimiento integrador, ejercía ese papel con los campesinos recién llegados a las ciudades satisfaciéndoles necesidades básicas. Entre las mujeres también actuaría el populismo anapista como organismo integrador y sociabilizador. Las

mujeres fueron clave en la organización, promoción y proyección del movimiento. Le dieron cohesión y orden; le infundieron mística. El ejemplo de María Eugenia Rojas, la infatigable hija del General cautivaba a las mujeres. Los valores de ser buena hija, buena esposa; defender el honor de su padre y luchar por su reivindicación política eran un ejemplo moral que nadie ponía en discusión. Como ella, muchas quisieron ser; gracias a ella cientos de mujeres salieron de las cocinas y jalónaron sus hogares a la participación en la política. Un Congreso de Mujeres y en el capitolio nacional era la primera vez que se realizaba. Apenas aparecían los negros, históricamente liberales en Colombia, en las manifestaciones de Rojas. Había indígenas también, pero no será en esta coyuntura donde Anapo cooptará su atención.

En la Anapo se reencontraron militares retirados del ejército en los años del Frente Nacional y que habían coincidido en esa corporación en los tiempos del gobierno militar. Obedientes a su espíritu de cuerpo fueron solidarios con la suerte de su antiguo compañero a quien acompañaron en la configuración del anapismo en cualquier lugar donde se encontraran. En el militar retirado tuvo la Anapo un organizador y aglutinador eficaz. Como su exjefe eran producto de la historia de Colombia y por ello pertenecían de nación a uno de los partidos tradicionales y la política no era para ellos un vicho extraño. Lamentaron que el Frente Nacional hubiera devuelto a los cuarteles a los militares y canalizaron toda su rebeldía en las filas del anapismo hasta llegar a conformar un movimiento propio dentro del mismo anapismo en respaldo a la candidatura de Rojas dando la impresión de que la Anapo tendría quien la defendiera.

EL POPULISMO COLOMBIANO Y EL MUNDO INTELECTUAL

Las profundas transformaciones sociales que piden a gritos los intelectuales pasan por la política y se realizan desde esta práctica social. La tarea no es salirse de su esfera sino penetrarse en ella, diferenciándola, claro, haciéndola moral y más humana, si se quiere. Desde la experiencia de la *intelligentzia* rusa del siglo XIX, desde los tiempos de la configuración de la etapa leninista del pensamiento ruso, pero sobre todo desde la práctica política de los intelectuales del movimiento de descolonización de Asia y África (Gandhi, Nerhu, Sukarno, Sun Yat Tzen,

N´Krumah, Cabral, Touré, etc) sabemos que en los países en desarrollo es imprescindible la intromisión intensa de los intelectuales en la vida política de sus pueblos si de verdad anhelan la transformación social.

Si bien el discurso populista de la década de los años sesenta corría por diversos afluentes, es el de la Anapo el que mayor riachuelos recibe. El de Zalamea y su gente encontrará además de liderazgos acostumbrados a la retórica hispanista, a una representación de lo popular que conjugaba la herencia gaitanista con la de un conservatismo popular que veía en los campesinos primero, y en los menos favorecidos, desplazados, incluso en el lumpen proletariado de las ciudades, después, su base social por excelencia. Para que esto sucediera se necesitó de todo el siglo. El campo de los intelectuales atado en su mayoría al bipartidismo oficial, tenía ahora la oportunidad de expresarse con mayor autonomía, conservando distancias, estableciendo rupturas y presentando referentes constitutivos de nación desde la relectura de la historia nacional. Esto gracias a un avance más que de un campo cultural absolutamente autónomo, como muchos se imaginan que pueda existir, a un campo cultural donde el intelectual sin renunciar a la política, sin poderlo incluso hacer, se expresa con mayores grados de autonomía¹². Autonomía del bipartidismo oficial, del gamonalismo, de la oligarquía, de los todo poderosos. Pero es la época la que produce el fenómeno. Estar en los finales de los años sesenta significa que el mundo de la representación popular ha avanzado, que la memoria histórica no es una sola y que el desarrollo de la ciencia social tampoco lo es.

En los países subdesarrollados no es posible plantear la constitución de un campo intelectual o cultural puro. Lo importante es medir los grados de libertad y autonomía con los que históricamente cuenta el intelectual en un determinado país para expresar y difundir sus ideas. E. Shils por eso no considera que un intelectual pueda en el mundo en desarrollo apartarse de la política¹³.

La conversión de la Anapo en un movimiento de masas no sólo atraía

¹² Sobre la teoría de los campos puede verse: Bourdieu. Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario. Barcelona, Editorial Anagrama, 1995

¹³ Shils Eduard. Los Intelectuales en los países en desarrollo. Buenos Aires, Ediciones Tres Tiempos, 1976

a los intelectuales laicos sino también a la nueva intelectualidad del clero medio y bajo. Pocos días antes de las elecciones, *GOLCONDA*, un controvertido grupo de curas rebeldes surgido en 1968 y dirigido por los sacerdotes René García y Germán Zavala, emitió un trascendental comunicado en el que adhirieron a la Anapo.

La campaña electoral de 1970 era la más importante e intensa desde la de 1946 cuando el liberalismo perdió el poder. No obstante la polarización entre Rojas y Misael Pastrana, dos candidatos más se disputaban la presidencia. Rojas que había empezado su historia electoral con 57 mil votos en las elecciones presidenciales de 1962 fue capitalizando a su favor los fracasos e inconsecuencias de todas las agrupaciones opositoras al Frente Nacional. Se constituía así una histórica amalgama política, una alianza populista nacida más de circunstancias históricas que de una estrategia política deliberada. Empezaron a destacarse cuadros intelectuales que maravillados por el nuevo fenómeno de masas decidieron acampar en las toldas del anapismo para desde ahí darle resonancia a sus tesis de difícil aprobación en las casas de los partidos. Se destacaban también nuevos contingentes de novatos políticos que aspiraban a ascender en la política sin pasar por la dilatada carrera política desde los partidos tradicionales. Se hicieron presentes, incluso, viejos comunistas sin paciencia para soportar la lenta dinámica del PCC, lo mismo que parte de la gente que creyó en Camilo Torres y en el Frente Unido.

La Anapo recogía los frutos de haber enseñado a conservadores votar por los liberales y a estos por aquellos. Desde abajo se lograba lo que los líderes oficiales del Frente Nacional habían conquistado por arriba: una civilidad en el comportamiento político. Al contrario de lo que opinaba la clase política del Frente Nacional, las manifestaciones públicas de las Anapo transcurrían en la más completa calma y cordura, como si se tratara de una concurrencia no colombiana. Era, más bien, el uso de la palabra, del debate y de la confrontación de las ideas y de los símbolos lo que estaba siempre presente. Había un deseo latente de que Rojas desarrollara, por fin, el país. Veían en Rojas la posibilidad de impulsar el desarrollo por saberlo militar, estrategia geopolítico, y aunque esta vez llegaría al poder por la vía electoral, estaban convencidos de que haría valer la autonomía indispensable para empujar el país por encima de los intereses particulares.

El domingo 19 de abril se llevaron a cabo las elecciones. Solo después de un mes de pasadas las elecciones, la Registraduría Nacional reveló los resultados definitivos de los comicios. Rojas, según el sospechoso escrutinio oficial, había perdido por un estrecho margen de 63.557 votos. Por primera vez en la historia política de Colombia, el bipartidismo sufrió un revés considerable. Una corriente populista en formación desde los años treinta logró convertirse en real alternativa de poder desmontando el monopolio que sobre la opinión política habían ejercido los partidos tradicionales.

Al iniciarse el último gobierno del Frente Nacional, la Anapo como alianza de liberales y conservadores, concebida así para poder competir electoralmente en los marcos de la paridad y la alternación, perdía en parte su razón de ser. Regresando el país en 1974 al libre juego de los partidos, no tenía sentido para el anapismo conservar su carácter bipartita. Fueron las nuevas circunstancias las que motivaron a sus ideólogos a pensar en su transformación en un tercer partido que sirviera de alternativa real al sistema del bipartidismo colombiano. Así, el domingo 13 de junio de 1971 se dieron cita en la plaza de Villa de Leyva, mas de 100 mil anapistas provenientes de todos los rincones del país para proclamar su creación.

Sin embargo los resultados electorales de abril de 1972 constituyeron un fracaso para la Anapo y un rotundo éxito de las clases políticas que lograron retomar el control de las Asambleas y Concejos. La Anapo no alcanzó a mostrar el mismo vigor de los anteriores debates electorales. La crisis que se vivía en su interior, provocada por las posiciones encontradas de sus miembros respecto a la futura orientación del partido estalló en agosto de 1972. Un significativo grupo de parlamentarios deciden romper con la ANAPO constituyéndose en el *Movimiento Amplio Colombiano (MAC)*, que no significó una depuración del movimiento. En su seno aún quedaban elementos de izquierda. En septiembre de 1972 el PCC, el MAC y el partido social-demócrata-cristiano, fundaron la *Unión Nacional de Oposición (UNO)*, cuyo surgimiento de por sí constituía un reto para la ANAPO, por cuanto parte de su militancia podría volcarse hacia la nueva agrupación. Mientras tanto otro movimiento se gestaba desde las entrañas de Anapo: *El movimiento 19 de abril (M-19)*. A tres meses de las elecciones presidenciales, la ANAPO se perfilaba entonces como un partido político-militar.

Para finales de 1973 estaba completo el abanico de candidatos a la presidencia de la República. En los partidos tradicionales salieron victoriosos los sectores contrarios a la prolongación del Frente Nacional. Los partidos liberal y conservador lanzaron las candidaturas de Alfonso López Michelsen y de Alvaro Gómez Hurtado, respectivamente. María Eugenia Rojas fue promovida por los anapistas en octubre. La Unión Nacional de Oposición (UNO) conformada por el Movimiento Amplio Colombiano (MAC), el partido comunista y el Movimiento Obrero izquierdista Revolucionario (MOIR), proclamó en septiembre al ex-anapista Hernando Echeverry Mejía. En diciembre la Democracia Cristiana lanzó el nombre de Hermes Duarte.

El 21 de abril de 1974 se llevaron a cabo los comicios presidenciales. El candidato liberal Alfonso López Michelsen triunfó con un amplio margen de votación sobre el candidato conservador, mientras que la Anapo retrocedió en más de un millón de votos en comparación con las elecciones de 1970.

Es difícil creer que la política vacilante de su dirección en torno a definiciones de fondo, haya sido la causa fundamental del retroceso de la Anapo. Se fueron sí valiosos elementos de mentalidad progresista que arrastraron votos, pero sumados estos a los anapistas nada dicen en comparación con la inusitada votación de 1970. El respaldo a Rojas estuvo integrado por masas flotantes, en su mayoría sin formación política, las cuales fueron captadas, esta vez, ante todo, por el liberalismo. Tuvo también su peso el hecho de regresar el país al libre juego de los partidos. La mística liberal y conservadora retornó después del largo periodo de la alternación.

Después de las elecciones de 1974 la Anapo no recuperó su fuerza de finales de la década de 1960. La muerte del general Rojas en enero de 1975 influyó en el proceso de fragmentación del nuevo partido. Contribuyó a su desmovilización el reflujo revolucionario continental a raíz de la caída del Presidente Salvador Allende en Chile. Cientos de anapistas regresaron a las toldas de sus partidos de origen, otro tanto emigró hacia las agrupaciones de izquierda y el resto continuó bajo la influencia de María Eugenia Rojas. El establecimiento utilizó, además, toda su maquinaria para entorpecer las reivindicaciones que los legisladores anapistas adelantaban desde los cuerpos colegiados. La paulatina desaparición del anapismo constituyó una derrota más, la más

significativa, en el proceso de democratización de la sociedad colombiana hasta lo corrido del siglo XX.